

Plutocracia.

("Las Noticias", Barcelona, 18 mayo 1899)



Plutocracia

Anuncian que este Gobierno se propone suprimir las dietas que los diputados provinciales perciben, y por tal acuerdo hay muchos que le felicitan. Lo encuentro, por mi parte, poco felicitable, por mucho que en eso de las dietas se abuse. Economías hay que bien mirado resultan contraproducentes.

Y sobre todo nada hay más caro que la democracia, sin que por ello hayamos de entregarnos á la plutocracia, que es lo que en realidad el partido gobernante representa.

No ya los diputados provinciales, los que lo son á Cortes, debían, como en Francia, percibir dietas. Es el necesario é imprescindible complemento del sufragio universal. Sólo retribuyendo, ó más bien indemnizando al diputado, podrá el pueblo nombrar tales que sean sus genuinos representantes. Todo lo demás es cerrar el paso á los que no sean ricos ó agentes de ellos.

Siempre he profesado instintiva repugnancia hacia todos los cargos honoríficos y gratuitos, y siempre he creído advertir en el fondo de ese «honor» algo muy poco gratuito para la libertad de los pueblos. Me rinde alguien un servicio, se lo pago, y quitos!

La condenada «influencia» es mil veces más perniciosa que el gasto que implicaría al Estado el pagar á sus servidores. Si los diputados fuesen, como debían serlo, retribuidos, perderían bien pronto lo más nocivo de su prestigio y tendrían menos excusa para hacer de su cargo granjería.

La política es hoy por hoy en España,—y lo he dicho antes de ahora—el arte de la producción, reparto y consumo del presupuesto. Nuestros gratuitos diputados nos salen muy caros si bien se mira.

Si fuese la política lo que debe ser, si del Gobierno de los hombres fuese acercándose á su ideal, el Gobierno de las cosas, se-





gún la famosa fórmula socialista, sería el de político, ó administrador de la «res pública», de la cosa pública, un cargo técnico retribuido. Sería un administrador pagado por el pueblo, su amo. Del amo, del pueblo, serían las iniciativas; del administrador el llevarlas á la práctica.

Pero aquí es la política un modo de vivir sobre el pueblo y á costa de él, de sacarle el jugo merced á los cargos honoríficos y gratuitos.

El pueblo, dicen, mira con desconfianza y hasta con hostilidad á los políticos; el pueblo no acude á los comicios. Y ¿para qué va á acudir á ellos? Todos son peores, dice con profunda intuición.

Sí, para el pueblo todos son peores, ó mejor dicho, todos son factores del régimen económico-social. Es lo mismo que haya buenos como malos gobernados, porque el coguelmo de la riqueza, aquella parte de capital que hay que verter á lo que en economía se llama empleo improductivo (mejor sería irreproductivo) para que el salario no suba con la demanda de trabajo; ese coguelmo en ningún caso irá á beneficiar al pueblo que trabaja y sufre. Se lo disputarán blancos ó negros, rojos ó amarillos, la turba multa de preterianos y parásitos del capital, que llamamos políticos, los que ejercen honoríficos cargos, los que se sacrifican por el bien del pueblo.

Más de una vez he oído que para decirme á ser blando en el examen con algún muchacho, me han dado razones como estas: ¿Qué le importa á usted? Es un muchacho de familia rica, un chico que para nada necesita la carrera; si la estudia, más bien es por lujo que por otra cosa. Ensanche usted la manga porque no ha de estorbar á nadie ni ha de aumentar la «concurrencia». Y yo respondí: «¿Conque quiere el título por lujo, como quien busca una condecoración? ¡Pues que lo pague!» Pero, en realidad, no había nada de lo que me decían, porque esos niños de buena casa, que estudian por tener un título académico, se apoyan luego en él para que sus papás les proporcionen, mediante influencia, un destino inicial de tres mil pesetas, y estorban, vaya si estorban los muchachos. No hay oficina de ministerio sin alguno de estos zangolotinos.



Y luego pescan un acta y desde el cargo honorífico y gratuito no desalienten sus asuntos y coadyuvan lo más eficazmente que pueden á la plutocracia que nos corroe las entrañas. Tiran con toda su fuerza á perpetuar á la nación en el estado de hipoteca de los tenedores de la Deuda.

La riqueza impone obligaciones, dicen; los ricos deben preocuparse de la gestión de los negocios públicos. Nos hablan á tal efecto de la aristocracia inglesa y de otras zarandajas, y concluyen lamentando que no se dediquen en cuerpo y alma á la política nuestros nobles dueños de vastos latifundios.

Por mi parte creo que si el capitalismo impone obligaciones, debemos suprimirlas ó estorbar su cumplimiento los que en la supresión de aquél vemos la salud del pueblo. El uso de las armas de fuego dando importancia á la infantería é igualando á los combatientes, infirió un golpe mortal á la antigua aristocrática caballería, á la de los nobles. Si el servir al pueblo en cargo público se hace á la vez que obligatorio retribuido, no podrán arrogarse esa «obligación» los ricos y con ella echar puntales á su riqueza.

Es preciso fijarse mucho en los planes de regeneración del Gobierno plutocrático que nos rige y mirar muy despacio el género de selección que trata de imponernos. Porque hay una moral sesuda, de falsas economías, de orden á todo trance, de parsimonia, de «honorabilidad», de «clases productoras» (en que entran los más de los que sólo producen consumo), de concepción orgánica de la sociedad, de otra porción de rimbombantes especies, moral que no es en el fondo más que la moral de los que tienen que perder, como ellos dicen. A tal ética debemos oponer otra, franca y clara, los que tenemos que ganar, los que sólo merced á obstinado trabajo propio, mantenemos nuestra vida y las de los nuestros.

Miguel de Unamuno.

